



● ● ●  
*miscelánea*

**E.L. DOCTOROW**

HOMER  
**Y** LANGLEY

Traducción de  
Isabel Ferrer y Carlos Milla



HOMER Y LANGLEY

E. L. DOCTOROW

# HOMER Y LANGLEY

Traducción de  
Isabel Ferrer y Carlos Milla

*m*...  
*miscelánea*

Título original:  
*Homer & Langley*

© E. L. Doctorow, 2009

Primera edición: abril de 2010

© de la traducción Isabel Ferrer y Carlos Milla

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-7-6  
Depósito legal: M. 7.585-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Kate Medina

Soy Homer, el hermano ciego. No perdí la vista de golpe, fue como en el cine: un fundido lento. Cuando me dijeron lo que ocurría, me interesó medirlo; entonces tenía menos de veinte años, y todo me despertaba curiosidad. Lo que hice ese invierno en particular fue situarme a cierta distancia del lago de Central Park, donde patinaba la gente, y ver qué veía y qué no veía conforme los días iban pasando. Las casas de Central Park West fueron lo primero en desaparecer: se oscurecieron como si se disolvieran en el cielo oscuro hasta que dejé de distinguir- las; luego empezaron a perder su forma los árboles y al final, esto ya en las postrimerías de la estación, quizás a últimos de febrero de ese invierno tan frío, ya sólo veía las siluetas espectrales de los patinadores flotar ante mí sobre un campo de hielo, y el hielo blanco, esa última luz, pasó a ser primero gris y después totalmente negro, y perdí la vista por completo, aunque sí oía con toda claridad el chis chas de las cuchillas sobre el hielo, un sonido muy gratificante, un sonido suave aunque plenamente intencionado, de un tono más grave del que cabría esperar en las cuchillas de los patines, quizá porque tañían el contrabajo resonante del agua bajo el hielo, chis chas, chis chas. Oía a alguien deslizarse rápidamente en una dirección, y de pronto el viraje rematado con un largo chaaasc en el momento de detenerse el patinador, y de pronto me echaba a reír por el regocijo que me producía esa habilidad del patinador para de-

tenerse en seco, para deslizarse con su chis chas y parar de pronto con su chaaasc.

Naturalmente aquello también me entristeció, pero fue una suerte que me ocurriese entonces, en plena juventud, cuando, sin noción de estar convirtiéndome en un inválido, pasé a aprovechar en mi mente otras aptitudes, como un oído extraordinario, que desarrollé hasta niveles de alerta casi visuales. Langley me decía que tenía el oído de un murciélago, e intentó demostrar la proposición, ya que le gustaba someterlo todo a examen. Yo conocía bien nuestra casa, por supuesto, la conocía de arriba abajo, sus cuatro plantas, y podía desplazarme por todas las habitaciones y subir y bajar por la escalera sin la menor vacilación, sabiendo de memoria dónde estaba todo. Me conocía la sala de diario, el gabinete de nuestro padre, la sala de estar de nuestra madre, el comedor con sus dieciocho sillas y la larga mesa de nogal, la despensa y la cocina, el gran salón, los dormitorios; recordaba el número de peldaños alfombrados entre las plantas, ni siquiera tenía que sujetarme a la barandilla; cualquiera que no me conociese no se habría dado cuenta al verme de que se me había apagado la vista. Pero Langley sostenía que sólo si no intervenía la memoria tendríamos la verdadera demostración de mi capacidad auditiva, así que cambió las cosas un poco de sitio, me llevó a la sala de música, donde previamente había arrastrado el piano de cola a un rincón distinto y había puesto en medio de la sala el biombo japonés, con su dibujo de unas garzas en el agua, y para no quedarse corto me dio varias vueltas en el umbral de la puerta hasta anular por entero mi sentido de la orientación, y no pude menos que reírme porque, mira por dónde, rodeé el biombo y me senté ante el piano tal como si supiera dónde lo había puesto Langley, como así era: yo oía las superficies, y le dije a Langley: Un murciélago ciego silba, eso hace, pero yo ni he tenido que silbar, ¿a que no? Langley no salía de su asombro;

Langley es el mayor, me lleva dos años, y siempre he procurado impresionarlo como fuera. Para entonces él ya estudiaba primero de carrera, en Columbia. ¿Cómo lo haces?, preguntó. Esto tiene interés científico. Contesté: Siento las formas por el aire que desplazan, o siento el calor de las cosas, y por más vueltas que me des, incluso hasta marearme, te diré dónde el aire está lleno de algo sólido.

Y también hubo otras compensaciones. Tuve profesores particulares para mi educación y además, claro, seguí asistiendo sin problemas al Conservatorio de Música del West End, donde estudiaba ya antes de la invidencia. Gracias a ese talento para el piano, mi ceguera resultaba aceptable en sociedad. Con los años, la gente empezó a hablar de mi galantería, y desde luego atraía a las chicas. En nuestros círculos neoyorquinos de esa época, uno de los recursos de los padres para garantizar el matrimonio de una hija con un marido adecuado era prevenirla, al parecer desde su nacimiento, para que se anduviera con cuidado con los hombres y no se fiase del todo de ellos. Hablo de mucho antes de la Primera Guerra Mundial, cuando los tiempos de las *flappers* y las mujeres que fumaban y bebían martini pertenecían a un futuro inimaginable. Por tanto, un joven ciego, apuesto y de buena familia, despertaba especial interés en la medida en que no podía, ni siquiera a escondidas, hacer nada impropio. Su desvalimiento ejercía gran atracción en una mujer educada desde la infancia para ser ella misma una desvalida. En esas circunstancias, la mujer se sentía fuerte, al mando, y afloraba su sentido de la compasión; yo, con mi invidencia, podía conseguir muchas cosas. Ella podía expresarse, abandonarse a sentimientos contenidos, como no podía hacer con un joven normal. Yo vestía bien, me afeitaba con mi navaja sin cortarme ni una sola vez, y el barbero, por indicación mía, me mantenía el pelo un poco más largo de como se llevaba en aquel entonces, y así, cuando en alguna

reunión social me sentaba al piano y tocaba la *Appassionata*, por ejemplo, o el *Estudio Revolucionario*, se me agitaba el pelo; entonces lo tenía muy abundante, una buena mata castaña, con raya al medio, cayendo a los lados. Un auténtico peinado a lo Franz Listz, eso era. Y si estábamos sentados en un sofá y no había nadie más en las inmediaciones, una joven amiga podía besarme, acariciarme la cara y besarme, y yo, ciego como era, podía apoyar la mano en su muslo sin aparente intencionalidad, y ella quizás ahogaba una exclamación, pero no pasaba de ahí por temor a violentarme.

Debo añadir que, como hombre que nunca se ha casado, he sido especialmente sensible a las mujeres; de hecho, las he tenido en gran estima, y reconozco ya aquí que viví una o dos experiencias sexuales en esta época que describo, esta época de vida urbana ya invidente, en mi papel de joven apuesto rondando los veinte años, cuando nuestros padres aún vivían y ofrecían muchas veladas, y recibían a la flor y nata de la ciudad en nuestra casa, una casa que era un homenaje monumental al diseño victoriano tardío y no se vería afectada por la modernidad —como por ejemplo la concepción del interiorismo de Elsie de Wolfe, amiga de la familia, quien, ante la negativa de mi padre a permitirle reformar toda la mansión, no volvió a poner los pies en ella—, y que a mí siempre me resultó cómoda, sólida, fiable, con sus grandes muebles tapizados, o las sillas acolchadas estilo Imperio, o los tupidos cortinajes sobre los visillos en las altas ventanas, o los tapices medievales colgados de barras doradas, y las estanterías empotradas, las gruesas alfombras persas, y las lámparas de pie con borlas colgando de las pantallas y las parejas de ánforas de imitación china en las que casi cabía una persona... todo era muy ecléctico, en cierto modo un registro de los viajes de nuestros padres, y quizás a los visitantes les resultaba un tanto abigarrado, pero a nosotros nos pare-

cía bien y normal, y era nuestro legado, de Langley y mío, esa sensación de vivir con objetos rotundamente inanimados, y tener que circundarlos.

Nuestros padres pasaban un mes al año en el extranjero, viajando en tal o cual transatlántico. Se despedían desde la barandilla de algún barco con tres o cuatro chimeneas —¿el *Carmania*? ¿el *Mauretania*? ¿el *Neurastania*?— cuando se apartaba del muelle. Se los veía tan pequeños allí arriba, tan pequeños como me sentía yo, bien cogido de la mano de mi niñera, y resonando la sirena del barco en mis pies y volando las gaviotas alrededor como en un acto de celebración, como si realmente ocurriera algo extraordinario. A menudo me preguntaba qué sería de las pacientes de mi padre durante sus ausencias, porque era un eminente médico de mujeres y me preocupaba que pudieran enfermar y acaso morir en espera de su regreso.

Mientras mis padres andaban aún por Inglaterra, o Italia, o Grecia o Egipto, o dondequiera que estuviesen, su regreso venía presagiado por objetos embalados en cajas y entregados en la puerta de atrás por la Railway Express Company: azulejos islámicos antiguos, o libros raros, o una fuente de mármol, o bustos de romanos a los que faltaba la nariz o una oreja, o armaduras con su olor fecal.

Y finalmente, con grandes alharacas, cuando ya casi ni me acordaba de ellos, allí estaban, Madre y Padre apeándose del taxi delante de casa, y acarreando en sus brazos tesoros aún superiores a los que los habían precedido. No eran padres del todo desatentos, ya que siempre nos traían regalos a Langley y a mí, cosas que ciertamente despertaban el entusiasmo de un niño, como un tren de juguete antiguo tan delicado que no se podía jugar con él, o un cepillo para el pelo chapado en oro.

\*     \*     \*

Nosotros, mi hermano y yo, a veces también viajábamos, en tanto que participantes asiduos en campamentos de verano durante nuestra infancia. Íbamos a uno en Maine, situado en una meseta costera con bosques y campos, un sitio idóneo para aprender a valorar la Naturaleza. Cuanto más enterrado se hallaba nuestro país bajo capas de humo industrial, cuanto más carbón se extraía ruidosamente de las minas, cuantas más locomotoras descomunales atronaban en la noche y más cosechadoras enormes surcaban los campos de cultivo y más coches negros pululaban por las calles, dando bocinazos y estrellándose unos contra otros, tanto más veneraba la Naturaleza el pueblo americano. Con frecuencia esta devoción se delegaba en los niños. Así que allí estábamos, viviendo en primitivas cabañas de Maine, niños y niñas en campamentos contiguos.

Por aquel entonces yo me encontraba en la plenitud de mis sentidos. Tenía las piernas ágiles y los brazos fuertes y nervudos, y veía el mundo con la felicidad inconsciente de un muchacho de catorce años. No lejos de los campamentos, en lo alto de un promontorio con vistas al mar, se extendía una amplia pradera llena de zarzales, y una tarde varios de nosotros estábamos allí recogiendo moras maduras e hincando el diente en el pericarpio de su pulpa húmeda y tibia, compitiendo con formaciones de abejorros, echándoles carreras de un matorral a otro y llenándonos la boca de moras hasta que el jugo nos resbalaba por la barbilla. Densas comunidades de mosquitos se elevaban y descendían en el aire, se expandían y contraían, como fenómenos astronómicos. Y el sol iluminaba nuestras cabezas, y detrás de nosotros, al pie del acantilado, las rocas negras y plateadas recibían y desintegraban pacientemente las olas y, más allá, en el mar reluciente, destellaban esquirlas de sol, y todo ello desplegándose ante mi vista clara a la vez que me volvía triunfalmente hacia cierta chica con quien había establecido un lazo —Elea-

nor se llamaba—, abría los brazos y hacía una reverencia como un mago que hubiera hecho aparecer todo aquello para ella. Y sin saber muy bien cómo, cuando los otros siguieron adelante, nosotros, en un acto de complicidad, nos rezagamos detrás de un zarzal hasta que se desvanecieron los ruidos de los demás y nos quedamos allí sin vigilancia, quebrantando las normas del campamento, y autodefiniéndonos así como personas más adultas de lo que nos consideraban, aunque recorrimos el camino de regreso cada vez más pensativos, y nos cogimos de la mano casi sin darnos cuenta.

¿Existe un amor más puro que éste, cuando uno ni siquiera sabe qué es? Ella tenía la mano húmeda y cálida, esa tal Eleanor, y los ojos y el pelo oscuros. A ninguno de los dos nos abochornaba que ella me sacara más de una cabeza de altura. Recuerdo su ceceo, cómo se le atascaba la punta de la lengua al pronunciar la ese. No era una de esas chicas con el aplomo de la alta sociedad que tanto abundaban en el campamento femenino. Vestía el mismo uniforme que las demás, calzones grises y camisa verde, pero era un tanto solitaria, y a mí me parecía distinguida, atractiva, considerada, y en un estado de anhelo semejante al mío. Anhelo de qué, ninguno de los dos habría sabido decirlo. Ése fue mi primer afecto declarado, y tan serio que ni siquiera Langley, alojado en otra cabaña con los de su edad, se burló de mí. Trencé un cordón para Eleanor y le tallé y decoré una pequeña canoa con un trozo de corteza de abedul.

Ah, pero esto que me ha dado por contar es en realidad una historia triste. Una arboleda separaba los dos campamentos, el de los niños y el de las niñas, y a lo largo se alzaba una alambrada de esas que se emplean para impedir el paso de los animales; para los chicos mayores era, pues, una fuga en toda regla saltar la valla o cavar un túnel por debajo de ella y, en un desafío a la autoridad, cruzar el campamento de las chicas a todo co-

rrer, dando voces y eludiendo a los monitores que los perseguían y aporreando las puertas de las cabañas para provocar chillidos de satisfacción. Eleanor y yo, en cambio, atravesábamos la valla para vernos cuando todo el mundo dormía y pasear bajo las estrellas y filosofar sobre la vida. Y fue así como una cálida noche de agosto, tras recorrer un par de kilómetros por la carretera, fuimos a dar a un hotel consagrado, como nuestro campamento, al retorno a la naturaleza. Pero era para adultos, para padres. Atraídos por el parpadeo de una luz en la mansión por lo demás a oscuras, nos acercamos al porche de puntillas y, por la ventana, vimos algo que nos dejó estupefactos, una escena de lo que más adelante se conocería como cine porno. Para su licenciosa proyección, se valían de una pantalla portátil parecida a una gran persiana. En la luz reflejada, vimos los perfiles de un público adulto, todos muy atentos, inclinados en sus sillones y sofás. Recuerdo el sonido del proyector no muy lejos de la ventana abierta, el chirrido que producía, como un campo de grillos. En la pantalla, la mujer, desnuda salvo por unos zapatos de tacón, yacía de espaldas en una mesa, y el hombre, también desnudo pero de pie, le sujetaba las piernas por debajo de las rodillas, quedando ella en posición de acoger su órgano, cuyo descomunal tamaño él se aseguró de exhibir ante el público previamente. Era un hombre feo, calvo y escuálido, que sólo destacaba por ese rasgo desproporcionado. Mientras embestía una y otra vez dentro de la mujer, ella se mesaba los cabellos a la vez que pataleaba convulsamente, hendiendo el aire ora con un tacón, ora con otro en rápida sucesión, como si la sacudiera una descarga eléctrica. Yo me sumí en un estado de fascinación, de espanto, pero a la vez aquello me llevó a tal nivel de emoción antinatural que se acercaba a la náusea. Ahora no me extraña que, al inventarse el cine, se vieran enseguida sus posibilidades pornográficas.

¿Dejó escapar mi amiga un grito ahogado? ¿Me cogió de la mano para alejarme de allí? Si fue así, no me di cuenta. Pero cuando salí mínimamente de mi estupor, me volví y ella ya no estaba. Desanduve el camino a todo correr, y esa noche de luna, una noche tan en blanco y negro como la película, no vi a nadie en la carretera por delante de mí. Quedaban aún unas semanas para acabarse el verano, pero mi amiga Eleanor ya no volvió a dirigirme la palabra nunca más, ni me miró siquiera, decisión que yo acepté como cómplice, por razones de género, del protagonista masculino. Ella hizo bien en huir de mí, porque esa noche el romanticismo quedó derrocado en mi mente y en su lugar se entronizó la idea de que el sexo era algo que uno le hacía a ellas, a todas ellas, incluida la pobre Eleanor, tan alta y tímida. Es una ilusión pueril, incluso para una mente de catorce años, y sin embargo persiste entre los hombres adultos aun cuando conocen a mujeres dispuestas a copular con mayor avidez que ellos.

Naturalmente, una parte de mí, al ver esa peliculilla escabrosa, no se sintió menos traicionada por el mundo adulto que mi Eleanor. Con todo esto no quiero dar a entender que mis padres se hallaran entre ese público; no era así. De hecho, cuando se lo conté a Langley en confianza, coincidimos en que nuestros padres quedaban excluidos de la raza de los aquejados por la enfermedad de la carne. No éramos tan infantiles como para pensar que nuestros padres sucumbieron al sexo sólo las dos veces necesarias para concebirnos. Pero era propio de su generación practicar el amor en la oscuridad y no mencionarlo ni admitir su existencia en ningún otro momento. La vida se hacía tolerable gracias a sus formalidades. Incluso las relaciones más íntimas recibían un tratamiento formal. Nuestro padre nunca iba sin su cuello limpio y su corbata y su terno, yo sencillamente no lo recuerdo vestido de otra manera. El pelo, de color gris acero, siempre lo llevaba corto y, ajeno al hecho de que imitaba al entonces

presidente, lucía un poblado bigote y monóculo. Y nuestra madre, con su amplia silueta ceñida por una faja al estilo de la época, con su espeso pelo recogido como un cuerno de la abundancia, era la imagen misma de la opulencia de una matrona. Las mujeres de su generación llevaban la falda hasta los tobillos. No tenían derecho a voto, circunstancia que no inquietaba en absoluto a mi madre, pese a que algunas amigas suyas eran sufragistas. Langley decía que nuestros padres se habían casado en el cielo. Con ello no se refería a que el suyo hubiese sido un gran amor, sino a que nuestros padres, en su juventud, habían acomodado sus vidas debidamente a las especificaciones bíblicas.

Se supone que la gente de mi edad recuerda sucesos de un tiempo lejano pero es incapaz de retener lo que ocurrió ayer. Mi recuerdo de nuestros padres muertos hace mucho tiempo es muy borroso, como si hubieran menguado por el hecho de haberse alejado en el tiempo, viéndose cada vez menos nivel de detalle, como si el tiempo se hubiera convertido en espacio, en distancia, y las figuras del pasado, incluso los propios padres, se hallaran demasiado lejos para reconocerlas. Están fijas en su propio tiempo, que ha descendido hasta ponerse por detrás del horizonte planetario. Ellos y sus tiempos y todas sus inquietudes se han ocultado juntos. Soy capaz de recordar a una chica a la que conocí superficialmente, como en el caso de Eleanor, pero en cuanto a mis padres, por ejemplo, no recuerdo ni una sola palabra de ninguno de los dos.

Y esto me lleva a la Teoría de los Reemplazos de Langley.

No sabría decir en qué momento exacto la formuló, aunque sí recuerdo haber pensado que tenía algo de académico.

Tengo una teoría, me dijo. En la vida todo es reemplazado. Nosotros somos el reemplazo de nuestros padres, igual que

ellos fueron el reemplazo de la generación anterior. Con todas esas manadas de bisontes que están matando en el oeste, lo lógico sería que ya no quedara ninguno, y sin embargo nunca los matarán a todos, y las manadas volverán a llenarse de reemplazos que serán indiscernibles de los que han matado.

Yo contesté: Langley, las personas no son todas iguales, como bisontes de tres al cuarto; cada uno de nosotros es un individuo. Un genio como Beethoven es irremplazable.

Ya, Homer, pero verás, Beethoven fue un genio para su época. Tenemos las notaciones de su genio pero no es nuestro genio. Nosotros tendremos a nuestros genios, y si no en la música, será en la ciencia o las artes, aunque puede llevar un tiempo reconocerlos porque normalmente a los genios no se les reconoce en el acto. Además, no se trata de las metas que alcanza uno de ellos, sino de cómo se sitúa con relación a los demás. ¿Quién es tu jugador de béisbol preferido?, preguntó.

Walter Johnson, contesté.

¿Y qué es él sino un reemplazo de Cannonball Titcomb?, preguntó Langley. ¿Lo ves? Te estoy hablando de construcciones sociales. Una de las construcciones es que tengamos deportistas a quienes admirar, que nos constituyamos en un público de admiradores de los jugadores de béisbol. En apariencia se trata de un medio de comunización cultural que genera una gran satisfacción social y posiblemente ritualiza —y si no, ahí tienes a los equipos de béisbol de distintas ciudades— nuestra tendencia a asesinarnos mutuamente. Los seres humanos no son bisontes; somos una especie más compleja, que vive conforme a construcciones sociales complejas, pero nos reemplazamos igual que ellos. En Estados Unidos siempre habrá, mientras se juegue al béisbol, alguien que cumpla para la juventud aún no nacida la misma función que cumple para ti Walter Johnson. Los héroes del béisbol son patrimonio nuestro, y siempre habrá uno.

Con eso estás diciendo que todo es siempre igual, como si no hubiera progreso, señalé.

No he dicho que no haya progreso. Hay progreso y al mismo tiempo nada cambia. La gente crea cosas como los automóviles, descubre cosas como las ondas de radio. Claro que sí. Habrá lanzadores mejores que tu Walter Johnson, por mucho que te cueste creerlo. Pero eso es el paso del tiempo, y yo hablo de otra cosa. Algo que avanza por mediación de nosotros a medida que nos reemplazamos para rellenar las casillas.

Para entonces yo ya me había dado cuenta de que Langley improvisaba su teoría sobre la marcha. ¿Qué casillas?, pregunté.

¿Por qué te niegas a entenderlo? ¿Tan duro de mollera eres? Las casillas para los genios, y para los jugadores de béisbol y los millonarios y los reyes.

¿Hay una casilla para los ciegos?, pregunté. A la vez que lo decía me acordé de cuando el oculista al que me llevaron me enfocó los ojos con una luz y musitó algo en latín como si el inglés no tuviera palabras para el horror de mi destino.

Para los ciegos, sí, y para los sordos, y para los esclavos del rey Leopoldo en el Congo, contestó Langley.

Durante unos minutos tuve que aguzar el oído para ver si Langley seguía en la habitación, porque había callado. De pronto noté su mano en mi hombro. Comprendí entonces que lo que Langley llamaba su Teoría del Reemplazo era su amargura ante la vida o su desesperación ante ella.

Langley, recuerdo haber dicho, tienes que pulir tu teoría un poco más. Por lo visto, él pensó lo mismo, ya que fue entonces cuando empezó a guardar los periódicos.

Era mi hermano, no mi madre ni mi padre, quien tenía por costumbre leerme cuando yo ya no pude leer por mi cuen-

ta. Por supuesto, disponía de libros en Braille. Leí a todo Gibbon en Braille. «En el siglo II de la era cristiana, el Imperio romano abarcaba la mayor parte del planeta, y la porción más civilizada de la humanidad...» Aún creo que ésa es una frase que proporciona más deleite al palparla con los dedos que al verla con los ojos. Langley me leía en voz alta de los libros populares del momento —*El talón de hierro* de Jack London y sus relatos del Lejano Norte, o *El valle del Terror*, sobre Sherlock Holmes y el diabólico Moriarty—, pero antes de pasar a los periódicos, para leerme sobre la guerra en Europa a la que estaba destinado a ir, Langley traía de las librerías de viejo delgados volúmenes de poesía y los leía como si los poemas fueran noticias. Los poemas contienen ideas, decía. Las ideas de los poemas proceden de sus emociones y sus emociones se transmiten en imágenes. Gracias a eso los poemas son mucho más interesantes que tus novelas, Homer. Que sólo son historias.

No recuerdo los nombres de los poetas que para Langley tenían tanto interés como una noticia, ni retuve los poemas, salvo por un verso o dos. Pero asoman a mi pensamiento casi siempre espontáneamente y me producen placer cuando los recito para mí. Como «Generaciones han ido pisando, pisando, pisando; y todo lo agosta el comercio, lo ofusca, lo ensucia el afán...»: he ahí una idea langleyana.

Cuando Langley se marchó a la guerra, mis padres le ofrecieron una cena de despedida, sólo para la familia: un buen asado de ternera, y el olor a cera de las velas y mi madre llorando y disculpándose por llorar y mi padre aclarándose la garganta antes de pronunciar un brindis. Langley embarcaba esa noche. El soldado de la familia iba allí a ocupar el lugar de un soldado alia-

do muerto, eso conforme a su teoría. En la puerta de la calle le palpé la cara para guardármela en la memoria tal como era en ese momento, la nariz larga y recta, la boca fija en una expresión adusta, el mentón en punta, muy parecido al mío, y luego la gorra del ejército de ultramar en la mano, y la tela áspera del uniforme, y las polainas en las piernas. Tenía las piernas delgadas, Langley. Permanecía erguido cuan alto era, más erguido de lo que volvería a estar jamás.

Y allí me quedé yo, sin mi hermano por primera vez en la vida. Me sentí como arrojado a la independencia de mi joven edad adulta. Ésta no tardaría mucho en verse puesta a prueba a causa de la epidemia de gripe española que azotó la ciudad en 1918 y, como una gran ave de rapiña, se abatió sobre nosotros y se llevó a nuestros padres. Primero falleció mi padre porque trabajaba en el hospital Bellevue y fue allí donde la contrajo. Como era de esperar, mi madre no tardó en seguirlo. Los llamo mi padre y mi madre cuando pienso en su muerte, tan repentina y dolorosa, asfixiados en cuestión de horas, porque así acababa la gripe española con la vida de la gente.

Incluso ahora me disgusta pensar en sus muertes. Es verdad que desde el inicio de mi invidencia se produjo cierto recorte de sus sentimientos hacia mí, cualesquiera que fuesen, como si una de sus inversiones hubiera dado malos rendimientos y optaran por minimizar las pérdidas. Aun así, éste fue el abandono definitivo, un viaje del que no volverían, y yo quedé conmocionado.

Se decía que la gripe española se llevaba sobre todo a los jóvenes, si bien en nuestro caso ocurrió todo lo contrario. Yo me libré, pese a que me sentí mal durante un tiempo. Tuve que organizar el funeral de Madre como ella había organizado el de su marido antes de coger y morirse también ella, como si no soportara alejarse de él ni por un momento. Acudí a la misma funeraria que ella había contratado. Por aquel entonces los entierros

eran un negocio boyante, se prescindía de las untuosas formalidades de costumbre y los cadáveres eran trasladados sin pérdida de tiempo a la tumba por hombres que, a juzgar por sus voces amortiguadas, llevaban mascarillas de gasa. También habían aumentado los precios: en el momento de la muerte de Madre, el mismo funeral que ella había organizado para Padre costaba el doble. Tenían muchos amigos, un amplio círculo social, pero sólo uno o dos parientes lejanos asistieron a las exequias, y todos los demás se quedaron en casa encerrados a cal y canto o fueron a sus propios funerales. Mis padres están en el cementerio de Woodlawn, más allá de lo que en otro tiempo fue el pueblo de Fordham, aunque ahora toda esa zona es el Bronx, unidos por los siglos de los siglos, eso, claro está, a menos que haya un terremoto.

En esa misma época, durante la epidemia, Langley, enviado a la guerra en Europa con la Fuerza Expedicionaria Estadounidense, fue dado por desaparecido. Un oficial del ejército se presentó en casa para comunicar la noticia. ¿Está usted seguro?, pregunté. ¿Cómo lo sabe? ¿Es ésta su manera de anunciar que lo han matado? ¿No? En ese caso, lo único que está diciendo es que no saben nada. ¿Y entonces a qué ha venido?

Reconozco que obré mal. Recuerdo que, para serenarme, tuve que ir al mueble bar de mi padre y beber a morro un trago de no sé qué. Me pregunté si era posible que toda mi familia hubiese sido aniquilada en el transcurso de un mes o dos. Decidí que no. No era propio de mi hermano abandonarme. En la concepción del mundo de Langley había algo, arraigado desde su nacimiento, aunque acaso acendrado en la Universidad de Columbia, que le conferiría inmunidad divina ante un destino tan corriente como la muerte en una guerra: quienes morían eran los inocentes, no aquellos nacidos con la fortaleza que da carecer de ilusiones.

Así pues, en cuanto me convencí de eso, mi estado, fuera cual fuese, no tenía nada que ver con un estado de duelo. No lloré su pérdida, esperé.

Y cómo no, por la ranura de la puerta, con el correo, llegó una carta de mi hermano, escrita desde un hospital de París y fechada una semana después de recibir yo la visita oficial para anunciarme que había desaparecido en combate. Le pedí a Siobhan, la criada, que me leyera la carta. Langley había sido gaseado en el frente occidental. Nada de consecuencias fatídicas, decía, y con ciertas compensaciones por parte de las atentas enfermeras del ejército. Cuando se cansaran de él, decía, lo enviarían a casa.

Siobhan, una devota irlandesa ya de cierta edad, no vio con buenos ojos la alusión a las atenciones de las enfermeras del ejército, pero yo reí de alivio y al final ella cedió y tuvo que reconocer lo mucho que se alegraba de saber que el señor Langley vivía y seguía siendo el de siempre.

Hasta que mi hermano volvió a casa, yo viví allí solo, salvo por el servicio: un mayordomo, una cocinera y dos criadas, todos ellos con sus habitaciones y un baño en el último piso. Te preguntarás acaso cómo se las arregla un ciego para llevar la administración doméstica con criados en la casa que podrían considerar muy fácil robar. Era el mayordomo quien me preocupaba, aunque en realidad tampoco había hecho nada. Pero su actitud conmigo era de una solicitud un tanto ladina, ahora que yo estaba al frente y ya no era el hijo. Así que lo despedí y me quedé con la cocinera y las dos criadas, Siobhan y la otra más joven, una chica húngara llamada Julia, que olía a almendras y a quien con el tiempo me llevé a la cama. De hecho no era sólo mayordomo, Wolf, sino mayordomo-chófer y ocasional mani-

tas. Y cuando aún teníamos coche de caballos, lo traía de la cuadra de la calle Noventa y nueve y llevaba a mi padre al hospital al amanecer. Mi padre lo apreciaba mucho. Pero era alemán, ese tal Wolf, y si bien no tenía un acento muy marcado, sólo sabía poner los verbos al final de la frase. Yo nunca lo había perdonado por cómo azotaba a nuestro caballo de tiro, *Jack*, corcel de una gallardía y una finura sin par, y aunque llevaba al servicio de la familia desde tiempos inmemoriales —Wolf, quiero decir—, y si bien yo sabía por sus pisadas que no estaba ya lo que se dice en la flor de la vida, al fin y al cabo nos hallábamos en guerra con los alemanes, así que lo despedí. Me dijo que sabía que ésa era la razón pero yo, claro, lo negué. Le dije: ¿Wolf es la forma abreviada de qué? De Wolfgang, contestó. Ya, dije, y por eso lo despido, porque no tiene derecho a llevar el nombre del mayor genio de la historia de la música.

A pesar de que le di un buen fajo en concepto de indemnización, tuvo la poca elegancia de maldecirme y marcharse por la puerta principal, para colmo dando un portazo.

Pero, como decía, requirió cierto esfuerzo poner en orden el patrimonio de mi padre con los abogados y buscar la manera de afrontar la pesada administración doméstica. Contraté a uno de los empleados subalternos del banco de la familia para ocuparse de la contabilidad, y una vez por semana me ponía un traje y me plantaba un bombín en la cabeza y partía por la Quinta Avenida camino del Corn Exchange Bank. Era un buen paseo. Llevaba bastón aunque en realidad no lo necesitaba, ya que nada más saber que perdería la vista gradualmente me había ejercitado en explorar y almacenar en la memoria todo en un radio de veinte manzanas al norte y al sur, y en dirección este hasta la Primera Avenida y, al otro lado, por los senderos del parque hasta Central Park West. Conocía la longitud de las manzanas por el número de pasos de bordillo a bordillo. Me daba igual no te-

ner que ver las bochornosas mansiones de estilo Renacimiento de los industriales corruptos al sur de nuestra casa. En mis paseos caminaba con brío y medía el progreso de nuestros tiempos por los sonidos y los olores cambiantes de las calles. En el pasado, las calesas y los landós silbaban o chirriaban o gemían, las carretas traqueteaban, los carrromatos de cerveza tirados por varios caballos pasaban atronadoramente, y el compás por debajo de toda esta música era el chacoloteo de los cascos. Más tarde se añadió al conjunto el petardeo de la combustión de los automóviles y paulatinamente el aire perdió el olor orgánico del pelaje y el cuero, los efluvios de la bosta de caballo en los días calurosos no flotaban ya como un miasma por encima de la calle, ni se oían tan a menudo las anchas palas de los barrenderos al recogerla, y al final, en esta época que describo en concreto, todo era mecánico, el ruido, circulando las flotas de coches en ambas direcciones, con los pitidos de las bocinas y los silbatos de los policías.

Me gustaban los chasquidos secos y limpios de mi bastón contra los peldaños de granito del banco. Y dentro percibía la arquitectura de techos altos y paredes y columnas de mármol por el murmullo hueco de las voces y el frío en los oídos. Ésos eran los tiempos en que me comportaba de manera responsable, o eso creía yo, actuando como reemplazo de los anteriores Collyer, como si esperara su aprobación póstuma. Hasta que un día Langley volvió de la Guerra Mundial y comprendí lo tonto que había sido.

Pese a las tranquilizadoras palabras de la carta, cuando mi hermano regresó, ya no era el mismo de antes. Su voz era una especie de gargareo, y tosía y se aclaraba la garganta continuamente. Antes de marcharse, tenía una nítida voz de tenor y cantaba las arias antiguas con mi acompañamiento al piano. Ahora

ya no. Le palpé la cara, los huecos de las mejillas, los afilados ángulos de los pómulos. Y tenía cicatrices. Cuando se quitó el uniforme, noté más cicatrices en la espalda desnuda, y también pequeños cráteres donde el gas mostaza le había levantado ampollas.

Dijo: Se supone que debemos desfilas, marchar en formación cerrada, un batallón detrás de otro, como si la guerra fuese algo ordenado, como si hubiese habido una victoria. Me niego a desfilas. Eso es para idiotas.

Pero hemos ganado, dije. Hay un armisticio.

¿Quieres mi fusil? Aquí lo tienes. Y me lo arrojó a las manos. Ese pesado fusil disparó realmente en la Guerra del Catorce. Él tenía que haberlo entregado en el arsenal de la calle Sesenta y siete. Después sentí su gorra del ejército de ultramar encasquetada en mi cabeza. Y de pronto su guerrera colgaba de mis hombros. Me avergoncé al darme cuenta de que, pese a todas las descripciones de la guerra que Julia me leyó en los periódicos con su acento húngaro, sentados ambos a la mesa durante el desayuno cada mañana, yo no había entendido aún cómo eran las cosas allí. Langley me lo contaría en las semanas posteriores, interrumpido de vez en cuando por el aporreo en la puerta de la policía militar, ya que él había abandonado su unidad antes de ser dado de baja oficialmente y recibir la absoluta, y, de la sucesión de complicaciones con la ley que se nos vendrían encima con los años, ésta, su desertión a efectos formales, fue el prolegómeno.

Yo abría la puerta cada vez y juraba que no había visto a mi hermano, y no mentía. Y ellos advertían que yo miraba el cielo mientras hablaba y se batían en retirada.

Y cuando se celebró el Día del Armisticio, y oí la agitación en la ciudad, el correteo apresurado de la gente por delante de casa, los coches a paso de caracol, los bocinazos, y en medio de

todo eso los lejanos acordes de una marcha militar, Langley, como si de una antifona se tratase, me contó sus experiencias. Yo no le habría preguntado nada, quería que fuese el de antes, comprendía que necesitaba recobrase. No supo hasta su regreso que nuestros padres habían sucumbido a la gripe. Así que ése fue otro mal trago. Dormía mucho y no parecía notar la existencia de Julia, al menos al principio, aunque puede que le extrañara verla servir la cena y luego sentarse a la mesa con nosotros. Y en medio de todo esto, sin necesidad de instarlo, mientras la ciudad acudía al desfile de la victoria, me habló de la guerra con su voz ronca, que en ocasiones se reducía a un susurro o un resuello hasta recuperar su anterior aspereza. Había momentos en que daba la impresión de que hablaba solo.

Me contó que no podían mantener los pies secos. Hacía demasiado frío para descalzarse; en la trinchera había hielo, agua helada y hielo. Padecían pie de trinchera. Se les hinchaban y amorataban los pies.

Había ratas. Unas ratas enormes, parduscas. Se comían a los muertos, no tenían miedo a nada. A dentelladas, traspasaban los sacos de lona para acceder a la carne humana. Una vez, estando un oficial en su ataúd de madera, apartaron con el hocico la tapa, aún sin asegurar, y en un momento una masa de ratas chillonas se retorció y gusaneaba y pugnaba en su interior, un viscoso enjambre de ratas negras y parduscas volviéndose rojo por la sangre. Los oficiales dispararon sus pistolas contra esa masa y las ratas se escabulleron por los lados hasta que de pronto alguien se acercó de un salto y encajó bruscamente la tapa del ataúd y la clavaron, quedando dentro el oficial, las ratas muertas y las moribundas, todos juntos.

Los ataques se producían siempre antes del amanecer. Primero venían los bombardeos de la artillería pesada, los cañones de campaña, los morteros; luego las líneas avanzaban entre el

humo y la niebla para ser abatidas por el fuego de las ametralladoras. Langley aprendió a apuntarse contra la pared frontal de la trinchera para alcanzar al boche con su bayoneta cuando el hombre saltaba por encima de él, como el toro empitonando al matador en las nalgas o en el muslo, o en un sitio peor, e incluso a veces se le caía el fusil de las manos cuando el pobre desgraciado se desplomaba con la bayoneta clavada en el cuerpo.

Langley estuvo a punto de ser sometido a un consejo de guerra por proferir amenazas, supuestamente, contra un oficial. Había dicho: ¿Por qué estoy matando a hombres que no conozco? Hay que conocer a alguien para querer matarlo. Por este perspicaz comentario, lo mandaron de patrulla noche tras noche, y tenía que cruzar a rastras un llano salpicado de surcos y cráteres, cubierto de barro y alambradas, apretándose contra la tierra cuando las bengalas Very iluminaban el cielo.

Y por último la mañana de la neblina amarilla, que no parecía gran cosa. Apenas olía. Se disipó enseguida, y de pronto empezó a escocerle la piel.

Y para qué, se preguntó Langley. Tú estate atento, y ya verás.

Como lo he visto yo, por el mero hecho de sobrevivir.

El día que Langley fue al cementerio de Woodlawn, él solo, para visitar las tumbas de nuestros padres, coloqué su fusil Springfield sobre la repisa de la chimenea en la sala de diario, y allí se quedó, casi la primera pieza de la colección de artefactos de nuestra vida americana.

El hecho de que yo me liara con Julia no sentó bien a la criada de más antigüedad, Siobhan, acostumbrada como estaba a dar las órdenes en su mundo doméstico de responsabilidades asignadas. Julia, salida de mi cama, había adquirido también ella

una posición elevada y se mostraba poco dispuesta a recibir órdenes. Su actitud equivalía a la insurgencia. Siobhan había estado a nuestro servicio mucho más tiempo y, como me dijo un día con lágrimas en los ojos, mi madre no sólo tenía en alta estima su trabajo, sino que había llegado a considerarla un miembro más de la familia. Yo de eso no sabía nada. Conocía a Siobhan sólo por la voz, que, sin detenerme a pensar mucho en ello, encontraba desapacible, una voz débil, aguda y quejumbrosa, y sabía que era una mujer metida en carnes por la manera en que resollaba al menor esfuerzo. Además, despedía cierto olor, no porque no se lavara, sino porque sus poros exhalaban una especie de fragancia empalagosa, como de baño de vapor, que permanecía en la habitación al marcharse ella. Sin embargo, con el regreso de Langley, me propuse mantener la paz en casa, ya que su sombría presencia y su irritación ante cualquier nimiedad nos habían desequilibrado a todos, incluida, me atrevería a decir, la cocinera negra, la señora Robileaux, que preparaba lo que le venía en gana preparar y servía lo que le venía en gana servir sin consultar con nadie, ni siquiera con Langley, quien una y otra vez apartaba el plato y abandonaba la mesa. Así las cosas, llegaban corrientes de insatisfacción de todas direcciones: la casa funcionaba ya de una manera muy distinta de como había funcionado en tiempos de mis padres, cuyas pautas majestuosamente inmutables y ordenada administración yo empezaba a valorar. Pero, incapaz de hacer frente a este caos emocional, establecí mentalmente una distinción entre anarquía y cambio evolutivo. La una era el mundo desmoronándose; la otra era sólo el inevitable paso del tiempo, que era lo que se dejaba sentir por entonces en la casa, decidí, el devenir de los segundos y los minutos de vida para manifestar una apariencia siempre nueva. Así racionalicé la situación para no hacer nada. Langley gozaba de los privilegios de su veteranía de guerra y la señora

Robileaux de su pericia culinaria. Yo tenía que haber actuado en apoyo de Siobhan; en cambio, con cierto sentimiento de culpabilidad, busqué consuelo mirando en otra dirección y aceptando a Julia conforme a sus propias condiciones.

La muchacha se entregaba al ejercicio amoroso con sentido práctico. Yo había oído decir que las europeas no se andaban con remilgos ante el sexo como nuestras mujeres; sencillamente lo aceptaban como otro apetito más, tan natural como el hambre o la sed. Así que podríamos considerar a Julia descarada por naturaleza pero, más aún, ambiciosa, razón por la cual, una vez conquistada mi cama, empezó a tratar a Siobhan con prepotencia, como si se ejercitara para la posición de señora de la casa. Yo eso lo sabía, claro: mi ceguera afecta sólo a los ojos. Pero admiraba su empuje de inmigrante. Había llegado a Estados Unidos bajo los auspicios de una agencia proveedora de servicio doméstico y se había ganado la vida trabajando primero para una familia que mi familia conocía, y después, cuando esa gente se trasladó a París, presentándose ante nuestra puerta con excelentes referencias. Estoy seguro de que Julia tenía cinco o seis años más que yo. Pese a sus lánguidas atenciones nocturnas, se levantaba al alba sin demora y reasumía sus responsabilidades domésticas. Yo permanecía allí tendido entre las sábanas todavía calientes donde ella había yacido y componía su imagen a partir de su olor, un tanto acre, y de lo que mis manos habían aprendido acerca de su persona. Tenía las orejas pequeñas y los labios carnosos. Cuando yacíamos cabeza con cabeza, los dedos de sus pies apenas me llegaban a los tobillos. Pero poseía generosas proporciones, y la carne de los hombros y los brazos cedía a la más ligera presión de mis pulgares. Estrecha de talle, tenía los pechos erguidos, el trasero firme, los muslos y las pantorrillas recios. Sus pies no eran elegantes, sino más bien anchos y, a diferencia de la tersura del resto de su cuerpo, un tanto ásperos al

tacto. Cuando se soltaba el pelo lacio, le caía hasta los hombros; se colocaba a cuatro patas sobre mi figura yacente y agitaba el pelo ante la cara para rozarme el pecho y el vientre, haciéndolo ir a un lado y al otro con un movimiento de cabeza. En tales ocasiones musitaba frases que empezaban en inglés y derivaban hacia el húngaro. ¿Gusta esto al señor? ¿Al señor gusta su Julia? Y cosas por el estilo, y sin que yo me diera cuenta se pasaba al húngaro, susurrando sus burlonas ternezas para saber si me gustaba lo que hacía o no, con lo que yo llegaba a imaginar que entendía el húngaro. La atraía hacia mí para experimentar ese mismo efecto de rozamiento con sus pezones mientras su pelo se desparramaba sobre mi cara y mi boca. Hacíamos muchas cosas creativas y nos entreteníamos bastante el uno al otro. Su interior me envolvía muy bien. Me dijo que tenía el pelo clarísimo, del color del trigo —decía con su acento húngaro—, y los ojos grises como un gato.

Fue el cuerpo cálido y complaciente de Julia, así como sus susurros de inmigrante, lo que me llevó a desentenderme de la lenta erosión del honor de Siobhan, conforme las posiciones de ella y Julia en la organización doméstica se invertían, hasta que al final fue Siobhan quien recibía órdenes a su pesar. Esta buena mujer sólo tenía dos opciones, abandonar el empleo o rezar. Pero era una irlandesa soltera de mediana edad, incluso mediana tardía, sin familia que yo supiese. Los años de servicio en esta casa habían sido toda su vida. En tales circunstancias, la gente, por infeliz que sea, se aferra a su empleo y ahorra, moneda a moneda, para el día en que recibirá un entierro decente, o eso espera. Sí recordaba que, al morir mi madre, fue Siobhan quien lloró quejumbrosamente al pie de la tumba, ella, Siobhan, tan sentimental ante la muerte como sólo pueden serlo las personas de profundas creencias religiosas. Y por consiguiente, al final, sería la oración el medio que le permitiría sobrellevar la honda

afrenta a su preeminencia y al sentido de la propiedad que tiene sobre una casa toda buena sirvienta responsable de sus cuidados. Y si con sus plegarias aspiraba a la restitución o, en momentos de amargura que después tendría que confesar ante el Padre, a la venganza, no sé qué dirá el Señor, pero yo digo que la respuesta a dichas plegarias llegó encarnada en una protestante, Perdita Spence, amiga de la infancia de Langley, a quien acompañó en su puesta de largo, y que una noche vino a cenar invitada por él.

Porque con el paso de las semanas Langley iba saliendo de su abatimiento. No es que anduviera silbando, ni que encontrara razones para entusiasmarse por las cosas, pero su cáustica inteligencia empezaba a afilarse y volver a ser como en los viejos tiempos. Perdita Spence se había ganado su consideración ya en la adolescencia, y eso era, supongo, lo más cerca que podía estar de un sentimiento claro por ella. Yo la había visto en casa una o dos veces antes de que se me apagara la vista, y ahora proyectaba ese recuerdo, aumentando mentalmente su edad al escuchar su conversación. Recordaba sus rasgos principales, que eran una nariz larga y unos ojos demasiado juntos, y tales hombros que parecía llevar hombreras bajo la blusa. También creo conservar una imagen en la cabeza de la señorita Spence manifestándose por la Quinta Avenida cogida del brazo de las sufragistas, pero eso puede ser una aportación de mi cosecha. Sí sé que su estatura se acomodaba bien a la de Langley, y éste medía uno ochenta. Era, pues, una mujer alta, y mientras yo, antes de cenar, escuchaba sus comentarios sobre los círculos de los que habían formado parte nuestras dos familias, pensé que ella era también una pareja ideal para él en cuanto a posición social: alguien que con su persona evocaba la vida que Langley había conocido antes de irse a la guerra, y por tanto era precisamente lo que necesitaba para mitigar los oscuros impulsos de su propia mente.

Langley y yo nos habíamos vestido para la cena y, no sé bien cómo, yo había logrado imponer a Julia y Siobhan su propio armisticio para que adecentaran la casa entre las dos, cosa que en apariencia hicieron, ya que olí la cera de muebles en mi Aeolian, y las chimeneas del gabinete y el salón, una vez encendido el fuego, no despidieron el asfixiante humo al que me había acostumbrado. Langley había dado instrucciones a la señora Robileaux con insistencia suficiente para que ella se atuviera al menú exigido por él, que consistía en ostras en su concha, crema de acedera y asado con soufflé de patata y guisantes en su vaina. Y había bajado a la bodega del sótano en busca de un vino tinto y uno blanco. Pero el parloteo de Perdita Spence cesó de golpe cuando Julia, después de servir los dos primeros platos, trajo el asado y se sentó a la mesa con nosotros. Oí el chirrido de la silla de Julia contra el suelo, una tos delicada e incluso, quizá, su sonrisa deferente.

Tras un largo silencio, Perdita Spence dijo: Qué originalidad la vuestra, Langley, hacer trabajar a los invitados. ¿Dónde está mi delantal?

Langley: Julia no es una invitada.

Señorita Perdita Spence: ¿Ah, no?

Langley: Cuando sirve, forma parte del servicio. Cuando se sienta, es la enamorada de Homer.

Digamos que es una situación híbrida, intervine yo a fin de esclarecer las cosas.

Siguió un silencio. No oí a nadie siquiera tomar un sorbo de vino.

Y al fin y al cabo, añadió Langley, la identidad humana es un misterio. ¿Podemos estar seguros de que existe algo llamado el yo?

La perorata de Perdita Spence, dirigida tan sólo a Langley, la única persona en el comedor digna, a su juicio, de conocer su

opinión, no careció de interés. No se percibió el agravio previsible en alguien de su clase que de pronto se encuentra sentada a la mesa con una criada. Dijo —y después de tantos años sólo puedo ofrecer una perífrasis— que en vista de la deficiencia de su hermano Homer, entendía que se aprovechara de cualquier pobre desdichada que se le pusiera a tiro. Pero sentar a esa desdichada a la mesa durante una cena era una grosería propia de un pachá a quien no le bastaba con ejercer su poder, sino que además tenía que exhibirlo. Allí estaba sentada esa inmigrante, que debía someterse a la voluntad de Homer por miedo a perder su empleo, obviamente incómoda, sin más finalidad que pregonar su absoluta servidumbre. Una mujer no es un mono de compañía, declaró la señorita Spence, y si ha de ser utilizada para vergüenza suya, como mínimo que sea en la oscuridad, donde sólo oiga sus sollozos quien abusa de ella.

Te acompaño a casa, dijo Langley.

Y así mi enamorada y yo nos quedamos solos en el comedor. Julia me sirvió el plato y se sentó a mi lado. No cruzamos una sola palabra, sabíamos lo que teníamos que hacer. Mientras la señora Robileaux salía periódicamente de la cocina y, desde la puerta, nos lanzaba miradas iracundas, nos dispusimos a comer por cuatro.

No tenía la menor idea de qué pensaba Julia. Sin duda había captado en esencia la crítica de la señorita Spence, pero percibí su indiferencia como si a ella, a Julia, le trajese sin cuidado lo que dijera esa desconocida. Mostró el mismo placer en la cena que cuando limpiaba la casa o hacía el amor, llenando las copas de vino, primero la mía y luego la suya, sirviéndome otro trozo de asado antes de reabastecer su propio plato.

Y he aquí la secuencia de pensamientos que acudieron a mi mente, porque los recuerdo con toda claridad. Me acordé de que Julia se había presentado por su propia iniciativa en mi habita-

ción la noche del día que le pedí que me dejara tocarle la cara. Yo no pretendía nada en particular con eso, sólo quería información, me gusta saber cómo es la gente que tengo alrededor. Le había palpado la mandíbula, que era amplia, y la boca grande y carnosa, y las orejas pequeñas, y la nariz un poco achatada, y la frente ancha, con el nacimiento del pelo alto. Y esa misma noche se metió en mi cama y esperó.

¿Tenía Perdita Spence razón? ¿Era verdad que esa muchacha inmigrante, para conservar su empleo, no hizo más que responder a lo que interpretó como un emplazamiento? Langley no lo veía así: él había percibido el aplomo de la criada, que en un plazo relativamente corto había asumido el control de la casa y se había acostado con su hermano.

Pero he aquí lo que sucedió: con la intención de dejar limpio el plato, atacué las últimas vainas de guisantes, estrujándolas entre mis dientes y saboreando sus jugos verdes y dulces con un toque amargo, y de repente, sin saber por qué, me acordé de la huerta en la esquina de Madison Avenue con la calle Noventa y cuatro, donde en mi infancia, cuando aún conservaba la vista, a principios de otoño me paseaba entre las hileras con mi madre y recogía las hortalizas para nuestra mesa. Extraía los manojos de zanahorias de la tierra blanda, arrancaba los tomates de la mata, destapaba las calabazas ocultas bajo sus hojas, tiraba de las lechugas con las dos manos. Y nos lo pasábamos muy bien en esas ocasiones, mi madre y yo, mientras ella sostenía la cesta para que yo depositara lo que había elegido. Algunas plantas eran más altas que yo y las hojas, calientes por el sol, me rozaban las mejillas. Yo mascaba las diminutas hojas de distintas hierbas, aturdido por la profusión de vívidos colores y el olor húmedo a hojas y raíces y tierra mojada en un día soleado. Por supuesto, el huerto, al igual que mi vista, había desaparecido hacía mucho tiempo, sustituido por una armería, y supongo que fue el vino lo

que me permitió desenterrar de las profundidades de mi mente implacable la imagen de mi refinada madre cuando, en una demostración de afecto impropia de ella, concedía su compañía a su hijo pequeño.

Al coger la competente mano de Julia en ese emotivo momento de rememoración, descubrí que mi palma no reposaba en carne, sino en piedra. Era un anillo lo que llevaba la criada, y cuando lo rodeé con tres dedos para hacerme una idea de su tamaño y forma, caí en la cuenta de que era el macizo anillo de diamantes de mi madre que lanzaba esquirlas de luz a mis ojos cuando ella sostenía el asa de nuestra cesta en el huerto.

Julia musitó: *Ay, querrido seniorrr, o algo por el estilo, y sentí su otra mano en la mejilla mientras, con delicadeza, intentaba zafarse, y yo, con igual delicadeza, se lo impedía.*

Y ésta fue la extraordinaria secuencia de acontecimientos por la que debo dar gracias, supongo, a la señorita Perdita Spence, aunque a día de hoy ella no se encuentra ya entre los vivos. O tal vez fuera por la decisión de mi hermano de invitarla a cenar, o tal vez deba remontarme aún más en el tiempo, a la guerra que había cambiado a Langley hasta el punto de que, a su manera inflexible y hosca, reconoció a medias en sus adentros que acaso se enmendaría, si es que tenía posibilidad de enmienda, casándose, e inició así su remisa búsqueda renovando el contacto con esa compañera del colegio alta y de hombros angulosos que no perdonó tan depravado comportamiento en nuestra casa.

Celebramos un juicio, naturalmente, Langley y yo en el papel de jueces titulares, Siobhan como ministerio fiscal. Se desarrolló en la biblioteca, donde crearon el marco jurídico los libros de las estanterías, el globo terráqueo, los retratos. Julia, mi querida húngara, afirmó entre sollozos que había sido idea de Siobhan coger prestado el anillo del joyero de mi madre para que ella, Julia, pareciera una invitada a la mesa más que una

criada. Sería una especie de «credencial», insistió, si bien esa palabra no formaba parte de su vocabulario. Para dar la impresión de que el seniorrr Homer y yo íbamos a casarnos, fueron sus palabras exactas. Yo podría haber decidido ponerme de su lado, pero mi propia credibilidad como miembro responsable de la familia se había visto seriamente mermada cuando tuve que admitir ante Langley que me había olvidado de las joyas de mi madre al resolver los asuntos testamentarios, de modo que habían quedado, expuestas al robo, en la pequeña caja fuerte empotrada de su dormitorio, que permanecía siempre abierta y se hallaba bajo el retrato de un tío abuelo suyo que había alcanzado cierta fama por cruzar Sudán en camello, a saber por qué motivo.

Siobhan negó haberle ofrecido el anillo a la muchacha, quien, según dijo, tenía acceso a toda la casa como criada al mando por decisión propia y podía husmear en la habitación de mi madre sin que nadie se enterase. Siobhan nos recordó a todos el tiempo que llevaba al servicio de la familia, a diferencia de esa ladronzuela que intentaba presentarla a ella como cómplice diabólica. Y por qué iba yo a ayudar a esta desdichada, siendo como es una ladrona, dijo Siobhan.

Langley, hombre de talante sensato, dijo a Siobhan: *Petitio principii*, das por supuesto en la premisa lo que debes determinar en la conclusión.

Puede ser, señor Collyer, dijo ella, pero yo sé lo que sé.

Y así quedaron expuestos los argumentos.

Después Langley cogió el joyero, que no sólo contenía ese anillo, sino también broches, pulseras, pendientes y una diadema de diamantes, y lo puso todo en una caja de seguridad del Corn Exchange en previsión de los tiempos en que tal vez tuviéramos que venderlo, tiempos que yo ni concebía, y que por supuesto llegaron y, dicho sea de paso, muy pronto.

Y entonces mi dulce y llorosa compañera de cama, de duros pezones y comportamiento delictivo, se marchó de la casa con tan pocas ceremonias como la señorita Perdita Spence, como si ambas fueran prototipos del género con el que, por una razón o por otra, Langley y yo éramos incompatibles, como descubrimos con el paso de los años.

No me sentí como un auténtico idiota hasta que Julia cogió el portante y se fue. Como si, una vez ausente, adquiriese claridad moral ante mí. Mientras confraternizaba con ella, yo no sabía con quién trataba —era una presencia fragmentada por mi actitud autocomplaciente—; ahora, en cambio, al reflexionar sobre su ambición frustrada, aquel olor a almendra suyo y las partes de su cuerpo que tuve en mis manos se fundieron para formar una persona por quien me sentí traicionado. Esa inmigrante con sus estrategias. Había salido a este campo de batalla doméstico con un plan de combate. No era la criada que, temiendo ser puesta en la calle, cede a los deseos de su señor, sino una mujer sólo al servicio de sí misma, una actriz, una intérprete, desempeñando un papel.

Pedí a Langley que me la describiera. Una mujercilla robusta y pequeña, dijo. Pelo castaño demasiado largo, tenía que hacerse un moño y sujetárselo con horquillas bajo la cofia y, como lógicamente no se le sostenía, siempre le colgaban mechones y rizos ante la cara y por el cuello, atrayendo así la atención de una manera impropia de una criada que conoce su lugar. Tendríamos que haberla obligado a cortarse el pelo.

Pero entonces no habría sido Julia, aduje. Y ella me dijo que tenía el pelo del color del trigo.

Un marrón oscuro y apagado, corrigió Langley.

¿Y los ojos?

No me fijé en el color de los ojos. Sólo vi que miraba aquí y allá continuamente como si hablase sola en húngaro. Teníamos que despedirla, Homer, era demasiado lista para confiar en ella. Pero sí te doy la razón en una cosa: son las hordas de inmigrantes quienes mantienen vivo este país, las oleadas que llegan año tras año. Teníamos que despedir a esa chica, pero de hecho representa el genio de nuestra política nacional de inmigración. ¿Quién tiene más fe en América que aquellos que desembarcan y besan el suelo?

Ni siquiera se despidió.

Ahí lo tienes. Algún día será rica.

Para consolarme, me sumergí en la música, pero ésta me falló por primera vez en la vida. Decidí que había que afinar el Aeolian. Hicimos venir a Pascal, el afinador de pianos, un belga bajo y remilgado envuelto en un olor a colonia que después permanecía en la sala de música durante días. *Il n'y a rien mal avec ce piano*, dijo, y reconstruyo aquí sus palabras con mi mal francés. Al llamarlo para exigirle que revisara su infalible trabajo lo había insultado. En realidad, el problema no era el piano, era mi repertorio, que se componía exclusivamente de obras que yo había aprendido cuando aún podía leer las partituras. Ya no me bastaba con eso. Estaba inquieto. Necesitaba estudiar piezas nuevas.

Una organización de ayuda a los ciegos había conseguido que una editorial musical publicase partituras en Braille. Así que encargué unas cuantas. Pero no sirvieron de nada: aunque sabía leer en Braille, mis dedos no traducían los pequeños puntos en sonidos. Las notaciones no combinaban; por alguna razón cada una iba por su lado y toda forma de contrapunto me era inasequible.

Es aquí donde Langley acudió en mi rescate. En una subasta por herencia encontró una pianola, vertical. Venía con docenas de rollos de papel perforado en cilindros. Había que colocar los cilindros en dos espigas, y el rollo se desplazaba de un lado al otro, y tú tenías que pisar los pedales, mientras las teclas se hundían como por arte de magia y se oía la interpretación de uno de los grandes, Paderewski, Anton Rubinstein, Josef Hoffmann, como si estuviera ahí sentado junto a ti en la banqueta del piano. Así amplié mi repertorio, escuchando los rollos de la pianola una y otra vez hasta que fui capaz de colocar los dedos en las teclas en el preciso momento en que eran accionadas mecánicamente. Al final, conseguí pasar a mi propio Aeolian y tocar la pieza yo solo, con mi propia interpretación. Llegué a dominar un sinfín de *impromptus* de Schubert, estudios de Chopin, sonatas de Mozart, y mi música y yo volvimos a estar en armonía.

Aquella pianola fue la primera de los numerosos pianos que Langley coleccionó a lo largo de los años: aquí hay al menos una docena, enteros o en partes. Es posible que al principio tuviese en mente mis intereses; quizá creyese que había en algún lugar del mundo un piano que sonara mejor que mi Aeolian. No lo había, por supuesto, aunque yo me presté a probar todos y cada uno de los que trajo a casa. Si no me gustaba, él lo desguazaba hasta la última pieza para ver qué podía hacerse, y así acabó viendo los pianos como máquinas, máquinas de producción de música, para desmontarlas y asombrarse y volver a montarlas. O no. Cuando Langley trae a casa algo con lo que se ha encaprichado —un piano, una tostadora, un caballo de bronce chino, una enciclopedia—, no es más que el comienzo. Sea lo que sea, lo adquirirá en varias versiones, porque hasta que pierda el interés y se centre en otra cosa, buscará su máxima expresión. Es posible que haya en esto un origen genético. Nuestro padre también coleccionaba objetos, ya que en los es-

tantes de su gabinete, además de numerosos tomos médicos, hay tarros de cristal con fetos, cerebros, gónadas y otros órganos conservados en formol, todo ello relacionado con sus intereses profesionales, claro está. Aun así, estoy convencido de que Langley pone en esta pasión por el coleccionismo algo muy suyo: es patológicamente ahorrativo; desde que somos nosotros quienes llevamos la administración de la casa, le preocupa nuestra economía. Guardar dinero, guardar cosas, encontrar un valor a objetos que otros han desechado o que de un modo u otro puedan tener un uso futuro... todo ello forma parte de lo mismo. Como es de esperar en un archivista de periódicos, Langley tiene una concepción del mundo, y como yo no la tengo, siempre me he avenido a lo que él hace. Me constaba que algún día todo eso sería para mí tan lógico y serio y sensato como lo era para él. Y así ocurrió hace ya tiempo. Jacqueline, musa mía, te hablo a ti directamente por un momento: tú has visto esta casa. Sabes que no tenemos otra manera de vivir. Sabes que somos quienes somos. Langley es mi hermano mayor. Es un veterano que sirvió valientemente en la Guerra del Catorce y perdió la salud por el esfuerzo. Cuando éramos jóvenes, lo que coleccionaba, lo que traía a casa, eran aquellos delgados volúmenes de poesía que leía a su hermano ciego. He aquí un verso: «El destino aciago es oscuro y más profundo que cualquier fosa abisal...».

Ese repertorio ampliado me fue muy útil cuando acepté un empleo de pianista para el cine mudo, en el que debía improvisar piezas según el carácter de la escena en cuestión. Si era una escena de amor, tocaba, pongamos, *Träumerei* de Schumann; si era una escena de lucha, el movimiento rápido de una furiosa pieza de Beethoven en su última etapa; si marchaban unos sol-

dados, yo marchaba con ellos, y si se trataba de un gran final, improvisaba sobre el último movimiento de la Novena de Beethoven.

Te preguntarás cómo sabía yo qué aparecía en la pantalla. Era por medio de una chica a quien habíamos contratado, una estudiante de música que, sentada a mi lado, me contaba en voz baja qué ocurría exactamente. Ahora una graciosa persecución en la que las personas se caen de los coches, me explicaba, o aquí viene el héroe a galope tendido, o los bomberos se deslizan por la barra de descenso, o —y entonces bajaba la voz y me tocaba el hombro— los amantes se abrazan y se miran a los ojos y el rótulo dice «Te quiero».

Langley había encontrado a esta estudiante en la escuela de música Hoffner-Rosenblatt, en la calle Cincuenta y nueve Oeste, y como en esta época que describo empezaba a ponerse de manifiesto la disminución del patrimonio de nuestros padres debido a unas inversiones poco afortunadas —que es por lo que yo había aceptado ese empleo en el cine de la Tercera Avenida, tocando durante tres sesiones completas, desde media tarde hasta la noche, todos los fines de semana, de viernes a domingo—, no pagábamos a mis ojos cinematográficos, esa tal Mary, sólo en dinero contante, sino que complementábamos su magro salario con clases gratuitas que yo le impartía en nuestra casa. Como vivía con su abuela y su hermano menor en la otra punta de la ciudad, el lejano West Side, de hecho en la zona de Hell's Kitchen, sin duda muy modestamente, su abuela se dio por más que contenta con no tener que seguir pagando las clases de Mary. Era una familia de inmigrantes que había padecido graves desgracias: la muerte del padre y la madre, él por un accidente en la cervecera donde trabajaba, y su viuda a causa de un cáncer no mucho después. Y claro, con el tiempo, para ahorrarse la chica el billete del tranvía, y porque Siobhan se había encariñado

con ella, casi como si fuera una hija, Mary se vino a vivir con nosotros. Mary Elizabeth Riordan, como se llamaba, tenía entonces dieciséis años, había estudiado en un colegio parroquial y, al decir de todos, era una preciosidad de chica, con el pelo negro y rizado, la tez clarísima, los ojos azules y la cabeza bien alta, con una postura recta y orgullosa, como si su frágil cuerpo no debiese mostrar al observador que existía en ella una debilidad de la que podía aprovecharse. Pero cuando íbamos y veníamos del cine a pie, me cogía del brazo como si fuéramos una pareja, y yo, claro, me enamoré de ella, aunque no me atreví a hacer nada al respecto, porque tenía ya casi treinta años y empezaba a perder el pelo.

No diría yo que Mary Riordan fuera una alumna de piano destacada, aunque le encantaba tocar. En realidad, tenía una aptitud por encima de la media. Es sólo que, a mi juicio, le faltaba aplomo a su ataque, si bien cuando ensayaba con algo como *La catedral sumergida* de Debussy, la sensibilidad de su interpretación parecía justificada. Era un alma delicada en todo. Su bondad era como la fragancia de un jabón puro sin perfume. Y comprendía, igual que yo, que cuando uno se sentaba y ponía las manos sobre las teclas, no tenía ante sí sólo un piano, sino todo un universo.

Con qué facilidad y elegancia se adaptó a su situación. Al fin y al cabo, la nuestra era una casa bien extraña, con todas esas habitaciones que debieron de intimidar a una niña que había crecido en un bloque de apartamentos, y con una sirvienta que la adoptó en el acto y le asignó tareas como haría una madre, y con una cocinera cuyo característico ceño permanecía inalterable de la mañana a la noche. Y con un ciego a quien llevaba y traía del trabajo, y con un iconoclasta de tos estridente y voz ronca que salía a toda prisa cada mañana y cada tarde para comprar todos los periódicos que se publicaban en la ciudad.

Con frecuencia, cuando me hallaba sentado junto a ella para su clase, me sumía en un estado de ensoñación y la dejaba tocar sin instrucción alguna. Langley también se enamoró de ella; lo supe por su tendencia a pontificar cuando ella estaba presente. A nosotros, que éramos capaces de metamorfosearnos instantáneamente en el hilo sinuoso de *Jesus bleibet meine Freude*, las teorías improvisadas de Langley no nos convencían. Insistía, por ejemplo, en que cuando el hombre prehistórico descubrió que podía producir sonidos cantando o golpeando algo o soplando a través del extremo de un hueso largo fosilizado, su intención era hacer sonar el inmenso vacío de este extraño mundo afirmando «¡Aquí estoy, aquí estoy!». Incluso vuestro Bach, incluso vuestro preciado Mozart y sus calzas y medias de seda, no eran más que eso, sostenía Langley.

Nosotros escuchábamos pacientemente las ideas de mi hermano, pero guardábamos silencio, y cuando dejaba de hablar, reanudábamos nuestra clase. En una ocasión Mary no pudo reprimir un suspiro, ante lo que Langley, mascullando, volvió a enfrascarse en la lectura de sus periódicos. Él y yo competíamos por la chica, claro, pero era una competición que ninguno de los dos podía ganar. Lo sabíamos. No hablábamos de ello, pero los dos sabíamos que experimentábamos una pasión que destruiría a la chica si alguna vez sucumbíamos a ella. Yo había estado peligrosamente cerca. El pequeño cine se encontraba justo debajo del ferrocarril elevado de la Tercera Avenida. Cada pocos minutos se oía encima el rugido de un tren, y una vez fingí no haber oído a Mary. Sin dejar de tocar con la mano izquierda, retiré la derecha del teclado y, sujetándola por el frágil hombro, la atraje hacia mí hasta que su rostro quedó cerca del mío y sus labios me rozaron la oreja. Apenas fui capaz de contener el deseo de estrecharla entre mis brazos. Casi enfermé por ese acto de inconsciencia. Lo compensé comprándole un helado de camino a casa. Ella era

una criatura valiente pero herida, legalmente una huérfana. Nosotros actuábamos *in loco parentis*, y siempre sería así. Ella tenía su propia habitación en el piso de arriba, junto a la de Siobhan, y yo la imaginaba allí dormida, casta y hermosa, y me preguntaba si los católicos no tenían razón al deificar la virginidad y si no había sido un acierto por parte de los padres de Mary conferir a su frágil belleza el nombre protector de la madre de su Dios.

No recuerdo bien cuánto tiempo vivió con nosotros Mary Elizabeth, pero cuando me despidieron de mi empleo en el pequeño cine de la Tercera Avenida —y es que había llegado el cine sonoro—, Langley y yo hablamos y acordamos que ya no había razón para mantenerla en casa —en realidad tomamos esta decisión más por nuestra propia conveniencia—, y asignando las partidas necesarias de nuestros menguantes recursos, la enviamos al Junior College de las Hermanas de la Misericordia de Westchester County, donde estudiaría música y francés y filosofía moral y todas esas cosas educativas que le asegurarían una existencia mejor. Se mostró agradecida y no muy apenada, porque había aprendido de su abuela que, como huérfana que era, fácilmente acabaría pasando de una institución a otra con la esperanza de encontrar algún día estabilidad en respuesta a sus plegarias.

Yo había hecho mal en poner en duda su delicadeza al piano. Ella avanzaba a tientas por la música como por la vida, una niña sin padres intentando recuperar la fe en un mundo razonable. Pero no daba pena a los demás, ni se permitía ser tan egocéntrica como tenía todo el derecho del mundo a ser. Era de una alegría inquebrantable. Cuando íbamos juntos al cine, me cogía del brazo como si yo la acompañara igual que un hombre acom-

pañã a una mujer. Acomodaba su paso al mío, como hacen dos personas cuando son pareja. Sabía que yo me enorgullecía de mi capacidad para desplazarme de un lado a otro de la ciudad, y si me equivocaba, pretendiendo cruzar la calle cuando no debía, o pisando los talones a alguien —porque tendía a caminar con la seguridad de un vidente—, ella me detenía o me guiaba con una ligerísima presión de la mano. Y hacía algún comentario como si lo que acababa de ocurrir no hubiese sucedido en absoluto. Ese Buster, decía —como si no hubiese oído el bocinazo o el juramento del conductor—, ese Buster, mira que es gracioso. Se mete en esos berenjenales y sale con vida por los pelos, y siempre con la misma expresión en la cara. Y ves que quiere a la chica y no sabe qué hacer al respecto. Es tan mono y bobalicón. Me alegro de que sigan poniéndola. Podría verla una y otra vez. Y tú, tío Homer, tocas el acompañamiento perfecto. Buster debería bajar de la pantalla y darte la mano, lo digo en serio.

Ahora no me veo con ánimos de contar qué fue de Mary Elizabeth Riordan. No pasa una sola noche sin que me acuerde de aquel momento en que, cuando ella se marchaba a la universidad, todos nosotros esperamos a su lado en la acera el taxi que las trasladaría a ella y a su única maleta a la Estación Central. Oí detenerse un taxi y las despedidas de todos, a Langley, que se aclaraba la garganta, y a Siobhan, que lloraba, y a la señora Robileaux, que le impartía su bendición desde la puerta en lo alto de la escalinata. Me explicaron que Mary estaba preciosa con su elegante abrigo a medida, regalo nuestro. No llevaba sombrero aquella mañana fría y soleada de septiembre. Se sentía el calor y a la vez la brisa que lo traspasaba. Le toqué el pelo y noté los vaporosos rizos. Y cuando le cogí el rostro entre las manos —aquel rostro delgado y precioso, el mentón bien definido, las

sienes con su pulso tenue y regular, la nariz recta y fina y los labios risueños y tiernos—, ella me cogió la mano y la besó. Adiós, adiós, susurro para mis adentros. Adiós, amor mío, niña mía, querida mía. Adiós. Como si ocurriera en este mismo instante.

Pero los recuerdos no se rigen por la cronología; existen al margen del tiempo, y todo eso sucedió mucho después de nuestros años de despilfarro irreflexivo, la época en que Langley y yo íbamos casi cada noche a tal o cual club nocturno, donde mujeres con falda corta y ligas se nos sentaban en el regazo y nos echaban el humo del tabaco a la cara y nos palpaban subrepticamente el interior del muslo para ver qué teníamos allí. Algunos de esos clubes eran muy elegantes, con una cocina más que aceptable y pista de baile; otros eran tugurios en sótanos donde la música, alguna orquesta de swing de Pittsburgh, procedía de una radio colocada en un estante. Pero lo mismo daba un sitio que otro: la ginebra de todos esos antros era igual de mortífera, y el ambiente era idéntico en todas partes, gente riéndose de cosas que no hacían ninguna gracia. Pero uno se sentía muy a gusto si conseguía crearse un espacio en tal o cual club, si le permitían la entrada y lo saludaban como si fuera todo un personaje. En esas noches tan peculiares de los tiempos de la Ley Seca, bastó con que se prohibiera la bebida para que todo el mundo pillara una cogorza tras otra. Langley decía que la taberna clandestina era el auténtico crisol de la democracia. Y no le faltaba razón: en uno de esos clubes en concreto, el *Cat's Whiskers*, entablé amistad con un gánster que me dijo que lo llamara Vincent. Yo supe que era auténtico porque cuando reía, los otros hombres de la mesa reían con él. Mostró mucho interés en mi ceguera, ese tal Vincent. Qué se siente cuando uno no tiene ojos, preguntó. Le expliqué que no era para

tanto, que lo compensaba de otras maneras. Cómo, preguntó. Le dije que después de unas cuantas copas recuperaba algo parecido a la vista. De hecho, yo lo creía de verdad. Sabía que eran alucinaciones, que veía, sí, pero sólo dentro de mi cabeza, entre mis pensamientos e impresiones, generando visiones a partir de lo que percibía mediante mis otros sentidos y añadiendo, a modo de detalles, mi propio criterio y la atracción que me despertaba tal cosa o la repulsión que me provocaba tal otra. Naturalmente, cuando uno está sobrio establece las mismas deducciones, eso lo sé, pero en esos momentos, cuando las sinapsis de mi cerebro se disparaban con los vapores etílicos, dichas impresiones organizadas alcanzaban tal nitidez que equivalían a una especie de visión. Como es lógico, no entré en tantas explicaciones, dije sólo que con mucho ruido y música y, claro, bebida y una humareda tal que podía flotarse en ella, distinguía las sombras bastante bien.

Cuántos dedos tengo en alto, preguntó. Ninguno, contesté. Ya me conocía ese viejo truco. Se rio y me dio una palmada en el hombro. Este fulano es listo, dijo. Hablaba con voz débil y susurrante, nada armoniosa salvo por el resuello que se imponía por encima como si tuviese una fuga de aire en un pulmón. Encendió una cerilla y la acercó a mi cara para ver las nubes en mis ojos. Me pidió que lo describiera a él. Alargué el brazo para tocarle la cara y uno de sus esbirros, vociferando, me agarró la muñeca. Eso no se hace, advirtió. No pasa nada, déjalo, dijo Vincent, y le toqué la cara, y percibí unas mejillas hundidas con marcas de viruela, un mentón afilado y a la vez huidizo, una nariz aguileña, la cabeza más ancha en la parte superior y el pelo humedecido, espeso y ondulado, erizándose hacia atrás desde las entradas como plumaje. Se había encorvado para facilitarme la tarea, y me vino a la mente la imagen de un halcón, vestido quizá con traje y gemelos en los puños. Se lo dije y se echó a reír.

Resultaba emocionante hablar con él como si fuera una persona normal, sentarse y conversar con alguien que, como era sabido, no sentía el menor respeto por la vida de aquellos con quienes pudiera tener una desavenencia. Por lo que observé entre los criminales con quienes nos tropezamos, sí era cierto que, en su conjunto, podía considerárselos sumamente sensibles. La idea de que me exponía a ofender a Vincent sin querer me parecía estimulante y me empujaba a hablar sin la menor cautela. Pero resultó que la manera adecuada de tratar con él era no mostrar la menor deferencia. Y yo no hice preguntas, no le pregunté, como haría uno con una persona normal, a qué se dedicaba, cuál era su profesión. ¿Eso qué importancia tenía? Fuera lo que fuese, lo convertía en gánster. Era ésa la clase de emociones que Langley y yo buscábamos por aquel entonces cuando salíamos y esperábamos aún algún provecho de la vida social. Era lo mismo que debe de sentir el domador de leones cuando la bestia está sentada en su taburete pero puede saltarle a la garganta en cualquier momento. Vincent me agasajó con una copa tras otra. Yo fui su entretenimiento, un ciego que veía. A efectos prácticos, allí Vincent celebraba audiencia, porque mucha gente se acercó a saludarlo. Una mujer a quien él conocía se aposentó indefinidamente en su regazo, y en ella encontró, pues, una nueva diversión. Yo los olía a los dos en todo su esplendor, el puro de él, el cigarrillo de ella, la gomina en el pelo de él, el hedor a ginebra de ella. Los repentinos silencios de la mujer en medio de una frase me revelaban el instante en que él le metía la mano por debajo del vestido. En torno, el ruido era esclarecedor. Para ser una taberna clandestina, aquello era un club elegante; tenía una orquesta de baile animada pero predecible, con mucho brío, en la que predominaba la sección rítmica, un banjo, un contrabajo. La música era rápida y mecánica, aunque a los bailarines no parecía importarles; brincaban y zapateaban, marcando el compás en el

suelo con sus pasos. Pero también se rompían copas, y algún que otro grito y agarrada me indujo a pensar que el local podía estallar de un momento a otro. Y existía siempre la posibilidad de una redada policial, aunque no con un hombre como Vincent en la sala. Y a la chica que se había acomodado en su regazo la oí decir al cabo de un rato: Ya está bien, cariño. Uuuy, dijo, o si no... O si no qué, nena. O si no, acompáñame al servicio de señoras, respondió ella.

Sí. Recuerdo esa noche en particular. Cuando Langley y yo nos despedimos, mi nuevo amigo Vincent ordenó que nos llevaran a casa en su coche. Y vaya coche, con el grave ronroneo del motor y los asientos mullidos y al lado del conductor un hombre vestido con lo que en el mundo del hampa sería el equivalente de una librea.

El coche se detuvo frente a nuestra puerta, y cuando nos apeamos, se quedó allí al ralentí durante un minuto largo antes de marcharse. Langley dijo: Eso ha sido un error. Nos detuvimos en lo alto de la escalinata. Debían de ser las tres de la mañana. Me lo había pasado muy bien. El aire era tonificante. Estábamos a principios de la primavera. Yo olía los brotes de los árboles en el parque al otro lado de la calle. Respiré hondo. Me sentí fuerte. Era fuerte, era joven y fuerte. Pregunté a Langley por qué había sido un error. No me hace gracia que ahora esa chusma sepa dónde vivimos, contestó Langley.

Langley no se tomó a risa eso de que yo era capaz de ver después de unas copas de más. Verás, Homer, entre los filósofos existe el interminable debate de si vemos el mundo real o sólo el mundo tal como aparece en nuestra mente, que no es necesariamente lo mismo. Por lo tanto, si eso es así, si el mundo real es A y lo que vemos proyectado en nuestra mente es B, y eso es lo má-

ximo a lo que podemos aspirar, significa que no eres el único que tiene ese problema.

En fin, dije, aún resultará que veo tan bien como el que más.

Sí, y tal vez algún día, cuando seas mayor y sepas más, cuando tengas más experiencias almacenadas en el cerebro, serás capaz de ver sobrio lo que ahora ves cuando pillas una cogorza.

Langley estaba convencido de ello porque coincidía a la perfección con su Teoría de los Reemplazos, a partir de la que por entonces había desarrollado una especie de idea metafísica de la repetición o la recurrencia de los incidentes de la vida, en la que se producían los mismos sucesos una y otra vez, sobre todo dados los límites proscritos de la inteligencia humana, porque el *Homo sapiens* era una especie que, en palabras suyas, siempre tropezaba dos veces con la misma piedra. Así que lo que uno sabía del pasado podía aplicarse al presente. Mis visiones deductivas concordaban con el principal proyecto de Langley, la colección de periódicos con el objetivo último de crear una edición de un diario que pudiera leerse eternamente y bastase para cualquier día.

Me detendré en esto un momento porque si bien Langley siempre ha tenido muchos proyectos, como corresponde a una mente tan inquieta como la suya, éste en concreto perduró. Desde el primer día que salió a comprar los periódicos de la mañana hasta el final de su vida, cuando los fardos de periódicos y las cajas de recortes llegaban hasta el techo en todas las habitaciones de la casa, su interés nunca flaqueó.

El proyecto de Langley consistía en enumerar y archivar artículos por categorías: invasiones, guerras, matanzas, accidentes de automóvil, tren y avión, escándalos amorosos, escándalos religiosos, robos, asesinatos, linchamientos, violaciones, tropelías políticas con un subapartado para elecciones amañadas, fechorías policiales, vendettas entre bandas, estafas, huelgas, incendios

en casas de vecindad, juicios civiles, juicios penales, etcétera, etcétera. Una categoría aparte incluía las catástrofes naturales, tales como las epidemias, los terremotos y los huracanes. No recuerdo todas las categorías. Como él explicaba, llegado un día —nunca precisó cuándo—, dispondría de datos estadísticos suficientes para reducir sus hallazgos a las clases de sucesos que eran, por su frecuencia, comportamientos humanos seminales. Después llevaría a cabo más comparaciones estadísticas hasta establecer el orden de las plantillas, que le permitiría saber qué artículos debían ir en primera plana, cuáles en la segunda página, y así sucesivamente. También había que añadir notas sobre las fotografías y elegir las en función de su valor simbólico, pero esto, admitía, no era fácil. Quizá prescindiese de las fotografías. Aquello era una empresa colosal, y le ocupaba varias horas al día. Salía de casa en busca de todos los periódicos matutinos, y por la tarde en busca de los vespertinos, y a eso había que sumar la prensa económica, las revistas de sexo, los boletines marginales, las gacetas del mundo del espectáculo, y demás. Quería fijar definitivamente la vida estadounidense en una sola edición, lo que él llamaba el periódico sin fecha eternamente actual de Collyer, el único periódico necesario para cualquier persona.

Por cinco centavos, decía Langley, el lector dispondrá de un retrato en letra impresa de nuestra vida en el planeta. Los artículos no incluirán detalles concretos como los que se encuentran en los diarios normales, porque aquí la verdadera noticia es la Forma Universal de la que cualquier detalle concreto sería sólo un ejemplo. El lector estará siempre al día, y al corriente de lo que sucede. Tendrá la certeza de que lee las verdades indiscutibles del momento, incluso la de su propia muerte inminente, que, como corresponde, constará en forma de número en la casilla en blanco de la última página bajo el encabezamiento «Necrológicas».

Naturalmente, a mí todo esto me despertaba ciertas dudas. ¿Quién iba a comprar semejante periódico? Me imaginaba una crónica que te asegurase que ocurría algo pero no te informase de dónde, ni cuándo ni a quién le ocurría.

Mi hermano se rio. Pero Homer, dijo, ¿no gastarías cinco centavos por un periódico así si no tuvieras que volver a comprar otro nunca más? Reconozco que sería malo para las pescaderías, pero hay que pensar siempre en el bien de la mayoría.

¿Y los deportes?, pregunté.

Sea cual sea el deporte, dijo Langley, alguien gana y alguien pierde.

¿Y el arte?

Si es arte, ofenderá antes de ser venerado. Se exige su destrucción y luego empieza la puja.

¿Y si ocurre algo sin precedentes?, pregunté. ¿En qué situación quedará entonces tu periódico?

¿Como qué?

Como la teoría de la evolución de Darwin. O la teoría de la relatividad de ese tal Einstein.

Bueno, podría decirse que esas teorías reemplazan a las antiguas. Albert Einstein reemplaza a Newton, y Darwin reemplaza el Génesis. Tampoco es que hayan aclarado nada. Pero tienes razón en que son dos teorías sin precedentes. ¿Y qué? ¿Qué sabemos en realidad? Si se encuentra respuesta a todas las preguntas de modo que al final sepamos todo lo que hay que saber sobre la vida y el universo, ¿qué vendrá después? ¿Qué será distinto? Será como conocer el funcionamiento de un motor de combustión. Así de simple. La oscuridad seguirá allí.

¿Qué oscuridad?, pregunté.

La oscuridad más profunda. Ya sabes: la oscuridad más profunda que cualquier fosa abisal.

Langley nunca concluiría su proyecto periodístico. Yo lo sa-

bía y seguro que también él lo sabía. Era un plan absurdo y descabellado, que le generaba grandes expectativas y le mantenía el ánimo en el punto que a él le gustaba. Parecía darle el impulso mental que requería para seguir adelante: un trabajo sin más finalidad que sistematizar su propia visión lúgubre de la vida. A veces su energía me parecía antinatural. Como si hiciera todo lo que hacía para permanecer entre los vivos. Aun así, caía durante días y días en un estado de apatía desalentador. Desalentador para mí, quiero decir. A veces me contagiaba. Parecía que no valía la pena hacer nada y la casa era como una tumba.

Tampoco encontraríamos verdadero consuelo en las fulanas que no otro que Vincent, el gánster con voz de pito, mandó una noche a modo de regalo para mí, su mejor amigo ciego. Jacqueline, tendrás que disculparme por esto: pero tú misma me dijiste que escribiera sin miedo todo lo que me viniera a la cabeza. Allí estaban ellas, ante la puerta de casa, cuando nuestros relojes daban las doce de la noche, dos chicas cuyas amplias sonrisas yo oí, con una gran tarta sobre una mesa rodante que el mismo chófer que nos había acompañado a casa hacía un mes entró en el vestíbulo con un tintineo, y media docena de botellas de champán en hielo.

Se requiere cierta cantidad de bebida para disipar la cautela que se adueña de uno que recibe un regalo de un gánster. En primer lugar, no era mi cumpleaños, y en segundo lugar, como había transcurrido cierto tiempo desde la noche en que conocimos a Vincent, qué otra cosa podía inferirse aparte de que (a) ahora éramos un alfiler en su mapa y (b) sin la menor opción, podíamos estar incurriendo en una misteriosa obligación.

Aquellas damas parecían a su vez recelar de nosotros, o quizá de nuestra residencia, Quinta Avenida por fuera y una espe-

cie de almacén con pretensiones por dentro. Langley y yo les ofrecimos asiento en la sala de música y nos disculpamos para mantener una conversación. Por suerte, tanto Siobhan como la señora Robileaux se habían retirado ya, así que eso no fue problema. El problema fue que no se podía rechazar a esas profesionales sin ofender a un hombre de una sensibilidad extrema y posiblemente asesina. Mientras analizábamos este dilema en la despensa, oí a Langley poner unas copas de champán en una bandeja, con lo que al final la conversación quedó reducida a poca cosa.

En nuestra defensa diré que por entonces aún éramos jóvenes, en términos relativos, y estábamos privados desde hacía un tiempo del principal medio de expresión masculino. Y si este gesto se nos antojó amenazadoramente excesivo viniendo de un hombre al que apenas conocíamos, también es cierto que existía entre las tribus indígenas algo conocido como *potlatch*, una forma de autoengrandecimiento por medio del reparto de la propia riqueza, ¿y qué era ese Vincent sino una especie de *sachem* tribal decidido a ensalzarse a sí mismo en la opinión del prójimo? Por consiguiente, bebimos el champán, cuyo efecto fue borrar todo pensamiento ajeno al momento presente. Por una noche saldríamos de nuestra negrura, temerariamente relajados y poseídos de la convicción filosófica de que la vida licenciosa tenía sus cosas buenas.

Y yo diré lo siguiente acerca de la chica que se acostó conmigo: no se sintió humillada por ser el acompañamiento de una tarta de tres pisos y una botella de champán. Y supe que se había inventado el nombre que me dio. Así, cuando nos dejamos de risas y nos metimos en faena, intuí que cierta sabiduría adquirida regía su existencia y que tenía una vida aparte de la actividad con que se ganaba el pan. Poseía elegancia, no era vulgar. Por otro lado, era muy amable, y la profesional que había en ella

tendía a desaparecer en la elemental realidad de un cuerpo femenino pequeño. Cuando después me besó los ojos, casi lloré de gratitud. Una vez que se hubo ido, una vez que se hubieron ido las dos y oí alejarse el coche, tuve la casi absoluta certeza de que Vincent, su jefe, no podía conocer a esas fulanas como Langley y yo. Era como si su ser creciera o menguara según quien las tocara, según la calidad espiritual de éste.

Lo único que dijo Langley sobre su encuentro fue que en último extremo era intrascendente, dos desconocidos copulando, y uno de ellos por dinero. No quiso reconocer nuestro entusiasmo inducido por el champán. Estaba convencido de que de un modo u otro acabaríamos pagando la generosidad de mi amigo el gánster, y que volveríamos a saber de él. Yo le di la razón, aunque con el paso de los años y habida cuenta de que no volvimos a saber nada de Vincent *el Gánster*, al final nos olvidamos de él por completo. Pero en ese momento el presentimiento de Langley parecía tener plena validez. Así las cosas, a media mañana del día siguiente las tiernas emociones de mi persona en estado de ebriedad habían sido derrocadas y mi ánimo sombrío había recuperado el trono.

Pese a los muchos años transcurridos desde la guerra, Langley aún no había encontrado a una compañera en el amor. Yo sabía que la buscaba. Durante un tiempo se tomó muy en serio a una mujer llamada Anna. Si tenía apellido, yo no llegué a oírlo. Cuando le pregunté cómo era, me contestó: Una radical. Supe de su existencia cuando empezó a traer a casa de sus exploraciones nocturnas única y exclusivamente fajos de panfletos, que plantaba en la consola junto a la puerta de entrada. Yo calibré la seriedad de su pasión por el ritual de acicalamiento, impropio de él, que realizaba cada noche antes de salir. Llama-

ba a Siobhan cuando no encontraba una corbata o quería una camisa limpia.

Pero el cortejo quedó en nada. Una noche regresó a casa bastante temprano, entró en la sala de música, donde yo ensayaba, y se sentó a escuchar. Así que, como es lógico, me interrumpí, me volví en la banqueta y le pregunté cómo le había ido la velada. Ella no tiene tiempo para cenar ni para nada, contestó. Está dispuesta a verme si la acompaño a un mitin. Si me quedo en una esquina con ella y reparto octavillas a los viandantes. Como si fuesen exámenes que tengo que superar. Le propuse que nos casáramos. ¿Sabes cuál fue su respuesta? Un sermón sobre el matrimonio visto como forma legalizada de prostitución. ¿Te imaginas? ¿Es que todos los radicales están así de locos?

Le pregunté a Langley qué clase de radical era. Quién sabe, contestó. ¿Y qué más da? Es una especie de socialista-anarquista-anarcosindicalista-comunista. A menos que seas uno de ellos es imposible distinguir a unos de otros. Cuando no están lanzando bombas, se dedican a escindir en facciones.

No mucho después, una noche, Langley me preguntó si me apetecía acompañarlo a un muelle de la calle Veinte para despedir a Anna, que se marchaba a Rusia. La deportaban y él quería decirle adiós. Vamos, dije. Sentía curiosidad por conocer a esa mujer que tanto había interesado a mi hermano.

Paramos un taxi. Inevitablemente me acordé de cuando nuestros padres zarpaban rumbo a Inglaterra a bordo del *Mauretania* y nosotros íbamos a despedirlos. Yo dejaba de llorar al ver el enorme casco blanco y las cuatro imponentes chimeneas rojas y negras. Ondeaban banderines por todas partes y cientos de personas saludaban desde la barandilla mientras el descomunal barco, con lo que parecía una gran y noble inteligencia propia, se apartaba lentamente del muelle. Cuando oía el sonido grave de sus sirenas, me llevaba un susto de muerte. Todo era maravillo-

so. Y no tenía nada que ver con la escena que nos encontramos al llegar al muelle de la calle Veinte para despedirnos de Anna, la amiga de Langley. Llovía. Se desarrollaba allí una especie de manifestación. Un cordón policial nos obligó a retroceder a empujones. No pudimos acercarnos. Vaya una bañera patética, dijo Langley. Los pasajeros eran deportados, un barco lleno. Desde la barandilla vociferaban y cantaban *La Internacional*, su himno socialista. La gente del muelle cantaba con ellos, aunque mal sincronizada. Era como oír la música y después el eco. No la veo, dijo Langley. Sonaron silbatos. Oí a mujeres llorar, oí a policías maldecir y usar la porra. A lo lejos una sirena de policía. Se me revolvió el estómago al percibir, por los temblores del aire, la aplicación de la brutalidad oficial. Y entonces oí un trueno y la lluvia dio paso a un aguacero. Tuve la impresión de que era el agua del río, absorbida por el cielo en un remolino, la que descargaba sobre nosotros, tan pestilente era su hedor.

Langley y yo volvimos a casa y él sirvió dos vasos de whisky. Ya ves, Homer, el armisticio no existe.